

LA MESA REVUELTA

PERIODICO
SATIRICO

LITERARIO
y
ARTISTICO

1875.

E. DEL SOLAR.



4 RS.

DIRECTOR LITERARIO
TOMAS DE ASENSI.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, 1 peseta al mes; y en provincias, 5 reales.

AÑO I.—NÚM. 13.

Madrid 7 de Julio de 1875.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

MADERA BAJA, NÚM. 5 Y 7, TERCERO.

DIRECTOR ARTISTICO,
EDUARDO DEL SOLAR.

PRECIOS DE SUSCRICION

En el extranjero y Ultramar, 6 reales al mes.

RELACIONES Y ARMONIAS

ENTRE LA NATURALEZA DE LOS IDIOMAS Y EL CARACTER
DE LOS PUEBLOS.

(Continuacion.)

Las variedades de los diferentes dialectos de la Grecia representan el espíritu de localidad é independencia que repetidas veces nos muestra la historia, narrándonos los acontecimientos de la vida política de su pueblo. Tambien él, como el hebreo y el árabe, refleja en su lengua su civilizacion y carácter, y á los ojos escrutadores del filólogo, tan claro se manifiesta en la filosofía, elegancia y belleza de su gramática, como aparece ante el historiador en los admirables restos de su Paternon y en las derribadas columnas de sus templos y gimnasios. Al visitar sus esparcidas ruinas, donde en vez del himno religioso ó el tumulto popular se escucha solo la yerba larga mecida por el viento, el anticuario se esfuerza ante inscripciones casi gastadas por averiguar el nombre de un semi-dios, de un héroe ó de un tribuno, mientras el filólogo, en el retiro de su gabinete, desdeñando minuciosos pormenores como supérfluos para seguir el curso majestuoso de la

historia, mira en la lengua los orígenes de las razas pobladoras, conoce su respectiva influencia, determina el lazo comun que las comprende y el genio distintivo de la nacion que formaron.

Esta misma semejanza de carácter y lenguaje vemos en Roma, y en una esfera más clara y más elevada; bien porque represente en el desarrollo de la civilizacion un papel de mayor importancia, bien porque, ménos distante de nosotros en el órden de los tiempos, alcanza mejor nuestra vista á conocerla.

Mientras que el romano, desde la cumbre del monte Palatino, descubria los límites de su dominio, su idioma como su nombre eran oscuros y desconocidos en todas partes. Centenares de años despues se esforzaba Tito Livio inútilmente por disipar esa densa oscuridad de las primeras épocas; pues los grandes anales, los libros de los magistrados, las actas censorias y demás documentos que constituyen las fuentes de la historia romana, arrojaban sobre ella tan dudosa luz, que Dionisio y Polibio, escritores de sus antigüedades, demuestran á menudo la poca ó ninguna fé que les merece cuanto se afirmaba de sucesos anteriores á Catou. Aun hoy la erudicion trabaja por investigar qué influencia tuvieron en el idioma latino el de los oscos, el de los umbríos, rasenas, etrurios y el de los ilirios ó liburnios, que, sojuzgando por la guerra á muchas tri-

bus indígenas, se establecieron en la península itálica.

El docto César Cantú, en una de las aclaraciones al libro III de su *Historia Universal* (primera parte: época antigua), inserta un ensayo lingüístico que comprende algunos centenares de voces latinas, evidentemente derivadas del sanscrito, varias de las cuales se asemejan también á otras griegas, como se ve en las formas de algunos verbos. Además hace notar la casi identidad de construcción gramatical del sanscrito, el griego y el latín: consigna la igualdad de significación negativa de la prefija *a* en los tres idiomas, y sospecha un mismo origen para los pueblos italianos. Lassen, Eichhoff, Lepsius, Grotefend, Passeri, con otros eruditos, han hecho prolijas investigaciones sobre los orígenes del latín y sus analogías con varios idiomas antiguos, ya formando tablas de voces semejantes, ya procurando traducir del osco algunas inscripciones. Todos estos trabajos, aunque muy prolijos y concienzudos, solo esparcen una débil claridad sobre los primitivos tiempos del Lacio: y esta niebla, no disipada por los esfuerzos de tantos hombres científicos y laboriosos, es una imagen de la oscuridad que envolvió al pueblo romano en sus humildes principios, cuando las demás naciones apenas conocían su nombre.

Poco después Roma se siente llena de fuerza y de vida, y se desarrolla y engrandece. Se asimila á los albanos, sujeta á los umbrios, volscos, sabinos y etruscos; ocupa la península itálica desde el Norte al Mediodía, y extiende su dominio mucho más allá de lo que pudieron imaginar sus fundadores. Pasa el mar, combate, y Grecia es suya. Grecia no puede ser para su vencedora un triunfo más solamente, una esclava nueva uncida á su carro; goza de superior inteligencia, civilización superior, y si es sojuzgada por las armas, sobrepuja á su vencedora por las letras.

Cada pueblo tiene en la historia un destino propio que desempeñar: y Roma, cumpliendo el suyo, une el orbe conocido bajo su cetro, se asimila y apropia, al confundirlas con la suya, las civilizaciones distintivas de los países conquistados. Levanta templos para los dioses asiáticos y para las simbólicas divinidades egipcias, como para los sacrificios drúidicos, el guerrero Endovélico de Hispania y cuantos cultos celebraba la teogonía de todas las razas. Admite usos, trajes y palabras de todos, procurando absolverlos en todos sentidos. La ciudad de Roma llega á ser un pequeño mundo en donde en la misma plaza pública el persa y el galo, el griego y el sármata, el escita y el hispano, el hebreo y el árabe, vienen á representar ese genio unificador que supo conquistarlos y amalgamarlos, como presintiendo el día en que el único Dios hecho hombre bajase á declarar que todos los hombres eran hermanos, hijos de un solo padre común. Pero Grecia, como más sabia, imprimió más profundamente en Roma el sello de su carácter que ningún otro de los pueblos vencidos. Dióle, además de su religión entera, su construcción gramatical; los nombres de muchísimos objetos, el tipo de su lengua y literatura, su afición á lo bello y espléndido. Multitud de filósofos y gramáticos, nacidos en la península helénica, fueron á Italia á es-

parcir sus conocimientos en las escuelas que fundaban, siendo los primeros historiadores del pueblo romano; circunstancia de que hoy se lamenta la historia: pues más solícitos de captarse la benevolencia de sus dominadores que de investigar y decir la verdad, llenaron sus narraciones de fábulas, cuya inverosimilitud y contrariedad descubren sus errores.

Estudiando ambas lenguas, se ve la del Lacio calcada especialmente sobre la griega: radicales de nombres y verbos, desinencias comunes á veces, construcción semejante, uso de partículas, todo está demostrando esta procedencia. En la literatura, la epopeya no pierde de vista á Homero; Teócrito, Lion y Mosco son los modelos de la bucólica: Plauto conserva la gracia y malignidad de Aristófanes, y Terencio la cultura de Menandro. Floro, Tito Livio, Tácito y Cornelio Nepote estudian á Herodoto, Jenofonte, Tucídides y Plutarco; y Séneca, recordando á Sófocles y Eurípides, se esfuerza inútilmente por crear la tragedia romana. Véase aquí una particularidad de este pueblo, que desconoció el trágico cordobés á pesar de su talento y ciencia. La tragedia era imposible en Roma. ¿Qué sensación había de excitar, qué terror había de producir en sus habitantes la desgracia de un héroe, la caída de un trono, ó la muerte por último, fingidas y representadas sobre las tablas, cuando todos los días miraba como diversion el espectáculo verdadero de la caída de muchos tronos, cuyos reyes entraban encadenados por las calles de Roma, cuando á los jefes á quienes ayer enaltecía como ídolos, hoy los despedazaba con furor, y cuando gladiadores, prisioneros y fieras derramaban á su vista ríos de sangre en el circo, donde contemplaba la muerte bajo todos sus terribles aspectos? Así, la tragedia nació sin vigor, y sus largas cuanto pomposas declamaciones muestran que se escribía, no para la escena, sino para la lectura.

Los dialectos de los aborígenes de Italia son las fuentes del latín, el griego su norma, y las lenguas de las naciones conquistadas sus contribuyentes, aunque en corta cantidad, por estar ya formado. Pero su carácter distintivo difiere de todos, y se particulariza por la gravedad y la nobleza. El idioma latino es el idioma del mando y del imperio: la sonora rotundidad de sus terminaciones vigoriza sus períodos; la declinación, inutilizando las preposiciones pertenecientes al nombre indeclinable, suprime palabras monosílabas y con ellas la cacofonía y flojedad que naturalmente las acompañan: el estilo en general no es ligero y variado como el de sus modelos, sino lleno y majestuoso: pierde en graciosa flexibilidad lo que gana en fuerza y nobleza. El latín sigue los pasos de la civilización: es bárbaro en Livio Andrónico, cuyos escritos, según Ciceron, no merecen leerse dos veces: también lo es en Cn. Nevio, en Ennio, citado por Quintiliano y Virgilio, y aun en Pacuvio y Afranio: adelanta con Lucilio, Pomponio y Varro, llamado el más docto de su tiempo; y en la terminación de la república y principios del imperio llega á tan alto grado de esplendor, que hace llamar á su siglo el *siglo de oro de las letras*.

Virgilio, cuyos delicados cantos por la ternura de sen-

timientos que encierran y por la esperanza de mejores días de que se manifiesta poseído en la Egloga IV, al exclamar: *jam nova progenies caelo demittitur alto*, parece presagiar el cristianismo, representa la poesía épica, bucólica y didáctica; Horacio depura el idioma, Cicerón perfecciona la elocuencia; Quintiliano la crítica y la retórica; Ovidio la elegía; Catulo, Tibulo y Propertio el poemita erótico; mientras Hortensio, Cornelio Severo, Aulo Sabino, Macer, Albinovano, y Graciano Falisco, orador de mérito el uno, poetas elegantes los otros, aunque de orden menos elevado, forman el segundo término del cuadro. Con los satíricos Juvenal y Persio, con Valerio Flaco, Stacio, Mauro y los españoles Columela, Silio Itálico, Séneca y Lucano, principia la decadencia del lenguaje, cuando empezaba también la decadencia política; y al aumentarse ésta, se aumenta la corrupción del idioma y del buen gusto: Plinio, Nemesiano, Calpurnio, Claudiano, Comodiano de Africa, presentan una locución adulterada, oscura á veces, y casi siempre llena de esa afectación propia de las épocas decadentes.

Consumanse, por fin, la corrupción y la ruina, y al extinguirse por completo el gigantesco imperio de Roma, no se extingue su lengua por ser el fiel espejo de su civilización y pasar esta á los códigos sociales de todos los pueblos levantados sobre sus escombros. Además, la Iglesia cristiana estaba ya erigida sobre firmes cimientos: desde la silla de Pedro un dogma religioso y una ley moral se extendían á millones de individuos: y esa Iglesia, ya tan poderosa, adopta el latín como lengua universal de su dominio. porque entre todas las del orbe la considera la más noble y majestuosa, la más digna para hablar á la Divinidad, celebrar sus ritos y entonar sus alabanzas. La ciencia por su parte contribuye también á perpetuarla, prohibiéndola igualmente para expresar sus ideas: y las obras de ilustres historiadores, tribunos y poetas, saliendo de la oscuridad y el olvido en que yacían sepultadas, acaban de grabarla con el sello de la inmortalidad. Ningua excepción tiene la regla de que el idioma refleja el carácter del pueblo y su civilización, y no puede morir mientras de ésta quede alguna huella.

La caída del imperio romano de Occidente es uno de los sucesos portentosos que terminan y cierran una época histórica para abrir el vasto panorama de otra más fecunda. Cinco siglos hacia que las hordas setentrionales, eternas enemigas de la señora del mundo, la amagaban con un continuo oleaje de gentes guerreras, hijas de los inmensos bosques de países desconocidos, donde la tradición suponía razas colosales de cultos misteriosos y sangrientas costumbres. Estas hordas piden solamente al principio que se les conceda libre tránsito por ciertos territorios; los ocupan despues, estrechando así los límites del imperio; amenazan invadir la misma Italia, y se detienen á veces ante la espada de grandes capitanes; se inscriben más tarde en las centurias y cohortes de las águilas enemigas, y cuando han conocido bien su propio vigor y la debilidad de sus señores, hacen constar esta diferencia exigiéndoles y obteniendo un tributo. Por último, erigense árbitros y dominado-

res: el mundo se cree próximo á su fin, y es precisamente cuando se regenera. Si las tempestades en el orden físico limpian la atmósfera y acrecen la fertilidad de la tierra, los grandes trastornos sociales, siendo consecuencias lógicas de anteriores hechos, producen nuevas ideas y á veces nuevas civilizaciones.

(Se continuará.)

NARCISO CAMPILLO.

LOS MOVIMIENTOS LITERARIOS DEL SIGLO XIX.

(APUNTES.)

En las primeras auroras del siglo XIX toda Europa se hallaba en guerra. El coloso de la fortuna, Bonaparte, agitando pueblos y removiendo instituciones, no era más que el instrumento providencial con que se herían de muerte las seculares encinas, y se araba la tierra que había de producir los novísimos frutos, símbolos unas y otros de las viejas y de las nuevas ideas.

La literatura es la paz. La mañana de los guerreros es la noche de los artistas. Ni el arte ni las letras podían tener vida, cuando toda la vida se concentraba en los campos de batalla.

Cuando se despejó el horizonte, era ya otra, enteramente diversa, la fase de la Europa literaria.

Conmovidas sus entrañas por la gran revolución, tenía que aparecer, despues del interregno, vestida con las nuevas formas que exigían sus nuevos ideales.

Pero como siempre las revoluciones traen reacciones, y la lucha entre unas y otras constituye las crisis, y las crisis no son más que los giros de un buque que busca puerto, resultó de aquí que la literatura apareció vacilante, fluctuando entre seguir la nueva senda, tornar á la antigua, ó emprender otros caminos ignorados, de los que, si unos podrían conducir á buen término, no pocos llevarían al precipicio.

Tal fué la causa ú origen de los diversos movimientos literarios del siglo XIX.

Apreciados en conjunto, ofrecen al ánimo estudioso una singular *complejidad* de fenómenos (perdónese el neologismo), algunos de ellos concordantes entre sí, otros al parecer contradictorios.

La duda y la lucha en que han vivido y viven las sociedades desde principios de la centuria, han engendrado el excepticismo, y este es el carácter predominante de las manifestaciones literarias. Concuerda con él naturalísimamente el descrédito de la literatura religiosa.

El humanismo ha sucedido á todas aquellas fases de los pasados siglos, entre las cuales el simbolismo privaba con la justicia y la fuerza que le daban las circunstancias de la época.

Lo que á primera vista parece contradictorio, es que atendiendo la humanidad solamente á los problemas de la vida, en donde se entranan los gérmenes del

excepticismo, tenga sin embargo fé, y fé enérgica en el porvenir, sobre todo en el progreso y en la libertad.

Cuando la literatura antigua se hizo esencialmente humanista, se hizo excéptica. La sociedad no vió más porvenir que la tumba, y trató de embellecer la vida con el deleite.

Cuando la literatura de la Edad Media, plegando las alas que la elevaban á las regiones de la especulacion, tornó los ojos á la vida práctica, volvió á emprender el vuelo con mayor ímpetu, y fué á dar en el misticismo.

La una negó abiertamente el porvenir, la otra lo fijó en el cielo.

A la literatura moderna estaba reservado dudar de la tierra, luchar en la tierra y tener fé en un porvenir que ha de llegar para la tierra.

Así vemos hoy á la sociedad inquieta, angustiada, oprimida por el dolor, y la oímos entonar el himno de la esperanza y del entusiasmo al futuro Mesías que ha de salvarla.

Es la literatura un espejo en que se reflejan todas las ideas y sentimientos de un siglo, y la literatura de nuestros días sintetiza maravillosamente lo que sentimos y lo que pensamos.

Si apreciamos en detalle sus giros, no nos presentará ménos singularidades.

Desde luego observemos que habiendo sido las sociedades meridionales las que más se agitaron, son las que han aparecido más postradas, dejando la iniciativa del movimiento literario á las naciones del Norte.

Alemania é Inglaterra fueron nuestros guiones. Francia se rehizo pronto, y logró adelantar lo perdido, hasta el extremo de ponerse á la cabeza de las primeras.

Y si sorprende que España, perteneciendo á la misma raza latina, no haya avanzado tanto, fácil es demostrar palmariamente que no ha sido por falta de ingenios, ni porque el cielo le haya negado dotes y auxilios que prodigara á nuestros vecinos.

Fué preciso que pasara toda una generacion para que las semillas de las nuevas ideas germinasen en España. Esta se halló recién nacida cuando ya Francia era adulta, y siguió la huella de su hermana mayor.

La influencia de Francia era ya decisiva sobre nosotros desde el entronizamiento del duque de Anjou; y contribuyó á hacerla mucho más eficaz la inmigracion de españoles que se verificó en su seno, durante nuestras guerras intestinas. Al volver estos aquende los Pirineos, trajeron consigo el genio francés.

Otros talentos se exparcieron por Alemania, por Inglaterra y por Italia, cuya última patria habia tenido por entonces días muy brillantes para las letras, y de aquí se originó que todos los movimientos literarios de Europa se reflejasen en España.

El movimiento alemán fué preparado por Wieland, el Voltaire germánico; por el laborioso Klopstock, y más que por ambos, por el filósofo, poeta y crítico Lessing. Este se inclinó marcadamente al excepticismo, y fué precursor de Goethe, que llevó la escuela á su más alto grado de desarrollo. *Fausto*, como todas sus obras, acusa su espíritu enfermo; pero ninguna lo puso tan

de relieve como su primera novela *Werther*. La carcoma de *Fausto* es la de nuestra sociedad, la de *Werther* es la de sus individuos.

Byron, personificacion de la fiebre, fué el grito de dolor de su siglo; ángel caído, que recordaba su divino origen y se revolcaba en el cieno de las humanas miserias.

Leopardi, ménos ilustre por su título de conde, que por las *canciones* á que debió ser llamado sucesor del Dante; Richter, el misterioso; Heine, el desconsolado, y cual ellos, otros muchos, se educaron en aquellas aulas y bebieron de aquellas fuentes. Todos fueron unos, pese á la patria de Byron, Inglaterra y á la de Leopardi, Italia. El excepticismo de Lessing y Goethe contagió universalmente. Hoy es el día que los suicidios están aun reproduciendo el fin del desdichado amante de Carlota.

¿Y cómo olvidar, suscitando estas tristes imágenes, la memoria de Larra? Platon adivinó en su justo á Jesucristo: Goethe profetizó en su enfermo al desventurado *Figaro*. Larra fué hijo de Goethe, y Goethe mató á Larra: hé aquí el juicio del excepticismo. Tal habria sido quizá el fin de Espronceda, si sus mismos dolores morales no le hubieran quitado una vida envenenada por el ponzoñoso cáliz de la duda.

Sin las exageraciones de los excépticos, aunque pecando por otra parte, vinieron á escena los románticos. Schiller fué su corifeo. Aventajaba en corazon y en moralidad á su amigo Goethe, y así como este llevó el dolor á la desesperacion y á la muerte, aquel lo llevó al sacrificio, á la resignacion y al heroismo.

Victor Hugo acometió en Francia la revolucion romántica de Alemania, y la grandeza del patriarca multiplicó y ennobleció la tribu. El clasicismo pudo darse por muerto. No era compatible con la osadía y el ánsia de novedades del siglo la calma y lo convencional y rutinario de los viejos preceptistas. Si Víctor Hugo deliró, no ha delirado ménos la sociedad: los extravíos del uno son los de la otra.

Antes de recibir el clasicismo su último golpe, lo galvanizó Quintana. Cuando el movimiento revolucionario se iniciaba en toda Europa simultáneamente, Quintana pulsó la lira de las libertades, y renovó en los modernos tiempos las antiguas coronaciones del Capitolio. Quiso hermanar acaso el fondo del siglo XIX con la forma del XVII: no sabemos decidir si lo consiguió. La riqueza de los ideales hizo olvidar el mayor ó menor lujo de la manifestacion literaria. Creemos bue, á pesar de haber adoptado Quintana las formas clásicas, el clasicismo siguió su carrera sin avanzar, ni reprimir, ni detener un paso la caída.

A la par de la revolucion, tuvo la reaccion su literatura. Nadie desconoce aquel talento singularísimo que se llamó Chateaubriand, y que es hoy imposible juzgar, porque no se sabe lo que realmente fué. Su escuela artificiosa de todo artificio, representó con propiedad la época de la restauracion francesa. Chateaubriand era demócrata y defendía el cetro absoluto. Bien podia un crítico malicioso suponer que era ateo y vindicaba por cálculo el cristianismo.

Chateaubriand comprendió su tiempo. Los ánimos estaban fatigados de la lucha, y al cesar esta, volvieron los ojos al pasado. Después de la horrenda crisis del 93, la religión era lo único que ofrecía consuelos. Este fue el momento elegido por Chateaubriand para publicar sus obras. Se leyeron con avidez, se excitó el sentimiento cristiano, y se divinizó al autor.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el movimiento reaccionario de la literatura creada por Chateaubriand duró muy poco, y al presente ocurre dudar si en el próximo siglo se leerán las obras de esta escuela.

Como los extremos se tocan, sucedió lo mismo con el género socialista, debido á Eugenio Sué. Y dadas las lamentables aberraciones que todos conocemos hoy, así quiera la buena suerte de las letras que sobrevenga á la escuela realista de Dumas y Sardou.

Los géneros simples han caído en desuso, por efecto del enciclopedismo que nos ilustra y nos pervierte.

Va siendo altamente difícil juzgar á un autor según el criterio de una escuela, porque las obras literarias afectan caracteres pertenecientes á diversos modelos, y en todo se advierte una tendencia irresistible á la síntesis.

Los síntomas generales de la literatura actual son de decadencia. Los escritores que más se aseguran en la difícil senda, son eclécticos ó espiritualistas. Los unos, evitando exageraciones y exclusivismos, toman lo mejor de cada escuela. Los otros, aspirando enérgicamente á ideales levantados y dignos del hombre, invocan la fé en Dios, en el porvenir y en la otra vida.

No existe en España literatura verdaderamente nacional; pero no por eso deja de haber eminencias que pertenecen al país, con exclusion de extrañas escuelas: díganlo el duque de Rivas, Zorrilla, Campoamor.

Ya mal desflorado el asunto en estas líneas, nada decimos de los géneros compuestos traídos á la escena literaria por Walter-Scott, Balzac, Jorge Sand, Dickens, Scribe y otros. Nada tampoco de ese disfraz con que oculta sus dolores el excecpticismo, vertiendo como Quevedo la hiel del alma en las nuevas manifestaciones irónicas, epigramáticas, burlescas, y no pocas veces inmorales, que constituyen el humorismo.

La síntesis de un siglo no se hace en una página; pero quizá pueda escribirse en ella la expresión de suma y de su bien: Así podrá estamparse en una línea: *la duda y la lucha*. Y en otra *la fé y la esperanza*.

Estos son los dolores y los consuelos de nuestro siglo. Estas son las nieblas y los faros de la literatura contemporánea.

T. VESTEIRO TORRES.

Ligera niña tu vida
por el mundo se resbala
como por el ancho cielo
las nubes de la mañana.
Como tu imagen graciosa

gentil y apacible pasa
por la luna del espejo
donde acudes á mirarla.
Como pasan fugitivos
sobre el manto azul del agua
blancos encajes de espuma
que las corrientes desgarran.
Como leves se deslizan
por las sombras de las ramas
los gemidos de las hojas,
los suspiros de las auras.
Como cruzan las estrellas,
tristes, brillantes y pálidas
de la noche misteriosa
por la bóveda entutada.
Como el tímido perfume
que en ondas dóciles vaga
por el ambiente del valle
que las flores embalsaman.
Como gota de rocío
que indolente se resbala
por el polvo de las hojas
que brilla á la luz del alba.
Como el humo por el aire,
como fugitivos pasan
por las penas de la vida
los sueños de la esperanza.
Dulce niña por la tierra
casi cruzas leve y vaga,
ligera como la sombra
que flotas más bien que andas.
Y el mundo que apenas pisas,
se hundiera bajo tus plantas
si pesaras sobre el mundo
como pesas en mi alma.

JOSE SELGAS.

TRADUCCION DEL ALEMAN.

Alcé los ojos y miré á los cielos
temblando de inquietud;
pero ¡nada los cielos me decían
y perdí la esperanza de la luz.

Bajé los ojos y á la estéril tierra
consuelo le pedí;
pasaste ante mi vista, y desde entences
vivo feliz.

EUSEBIO BLASCO.

A

Cuando mis tristes ojos
cierre la muerte,
sin mirarme los tuyos
que no me entierren,
¡Tanto los quise
que tal vez sus miradas
me resuciten.

EMILIO OLLOQUI.

Una fuente al contemplar,
recuerdo que oí decir:
«El agua para saltar
todo lo que ha de subir,
lo ha tenido que bajar.»
Y cuando veo en la vida
lograr rápida grandeza,
se me figura en seguida
que es aquella gran subida
obra de una gran baja.

LUIS DE CHARLES.

LOS DOS COCHES.

Iba por el Retiro: era un domingo.
Como la luz del sol
pasaste junto á mi deslumbradora
en un rico lando.
.....
.....
Domingo era también; también en coche
pasaste junto á mí...
¡era un coche de muertos!... con mi alma
que estaba toda en tí.

P. SANUDO AUBAN.

LOS ALFILERES.

Cuando bisono en ardidés mundanos, los veía prendiendo las puntas de un pañuelo, ó bien echados al descuido sobre el mármol de una consola, siempre los consideraba inofensivos. ¿Qué peligro hay en ellos? me decía ¿Son acaso un arma? me preguntaba. Alfiler, objeto útil, económico y sencillo. ¿Quién te dará importancia á tí? ¿Quién osará entregar tu nombre al vilipendio?...

¡Ay!... los años pasan rápidos, los hechos se suceden, muchos hombres cambian de ideas. Ello es preciso cambiar en algo; por eso yo he cambiado de opinión respecto á los alfileres, que ya no son en mi concepto útiles, sencillos ni económicos. No son útiles porque pinchan; no son sencillos porque los hay de mucho precio, no son económicos porque exageración parece los gastos que ocasionan. Por un efecto igual, cuando yo los creía desposeídos de importancia, se me presentan aun más importantes que jefe de partido ó ministro con cartera.

Y en efecto, ello es así: sucedan imposibles, caiga como una bomba sobre nosotros la noticia de que han entrado en Bilbao los carlistas, concédasele talento á un orangutan, destruya un terremoto media España, y ustedes han de ver al bello sexo continuar impertérrito en sus trece, sus danzas y jolgorios.

Pero si de un momento á otro por arte de birlibirloque, desapareciera de entre nosotros cuanto alfiler alumbran gas y sol, aquí de los apuros, aquí de las pataletas y femeninos síncope.

¡Gran Dios! ¿Cómo prender este lazo? ¿De qué medio

valerse para sugetar el manto? ¿Cómo llevar áirosa la mantilla?...

Entonces sí que para ellas estábamos verdaderamente perdidos los españoles. Rara cosa parece que el alfiler, un objeto tau sin ton ni son, un fragmento de alambre ó de metal, dé tanto que hacer á muchos hombres, tanto que pensar á más de un filósofo, por fuerza. Digo esto porque cuando recibimos calabazas ó las mujeres no nos hacen caso, damos en la manía de aborrecerlas, filosofando con frecuencia á cerca de sus numerosos defectos. Estos, sin embargo, no carecen de fundamento, y de ello tienen la culpa los pícaros alfileres.

Siempre y cuando su dignidad no se resienta, ¿qué mujer no trueca una sonrisa por un alfiler de oro con esmaltes? ¿Qué casada modelo no exige de su marido un sueldecito mensual para alfileres? ¿Qué doucella de servicio no despide con mala cara al huésped de los amos si para alfileres no ha dejado algo? ¿Qué casada, soltera ó viuda no pasa, en fin, más de un disgusto por ese retintín que tienen muchas de salir á la calle con todos sus alfileres?

¡Alfiler! arma terrible porque hiere á traición, enemigo implacable porque se multiplica por ensalmo, alguacil de un tirano con capota porque prende sin ser visto á tanto tonto.

Yo no le tengo miedo á un sable, porque le veo venir; pero me asusta un alfiler cualquiera porque como dé en sugetar con arte una camelia color de fuego sobre un pelo de azabache, ya me tienen ustedes dando tumbos, convertido en mariposa de tal flor.

Si el alfiler se usara en el sentido recto de la palabra, confieso que me tendría sin cuidado, pues al fin y al cabo por poco dinero los dan á centenares; pero ¿ven ustedes esa falda rozagante de terciopelo azul turquí, esos brazaletes, sortijas y perifollos? Pues á todo eso los llaman ellas alfileres, y en alfileres se van al año sumas muy crecidas. Por lo mismo no parece sino que el demonio las castiga, haciendo que se claven de vez en cuando la punta de un alfiler, no tan aguda como los dardos que de ellas recibimos.

El alfiler tiene una amiga, casi una esposa y esta se llama aguja; mujer al fin, no tiene cabeza, pero tiene punta. En cuanto á esta se la trata con menos deferencia, porque ella simboliza el trabajo, como simboliza un adorno el alfiler. Por lo tocante á las agujas, la mujer observa con esmero la de marear y de alguna sé yo muy capaz de meterse por el ojo de una aguja en achaque de chismes y murmuración.

El alfiler tiene también una hermana casi tan festejada como él y se la llama horquilla. El servicio que al bello sexo presta, el peligro á que nos expone son por una y otra parte graves. Vean ustedes ese peinado: ¿qué moño, qué magnitud, qué gallardía!... ¿Verdad que casi le traen á uno al retortero? Pues vayan ustedes arrancando horquillas; y ese moño, esas castañas y esos rizos se vendrán al suelo buscando en vano su cabeza primitiva.

Sin contar con la aguja y la horquilla, varias formas y especies se usan de alfileres, mas me limitaré á indicar entre ellas una, que por lo singular no me

parece bien pasar por alto; algunos hombres, que parecen tales no son sino alfileres, como por ejemplo el polizonte, es un alfiler público, porque su oficio es prender. Los majaderos indiscretos pertenecen de igual manera á esta seccion, como los alfileres tienen cabeza, pero no piensan, tienen tambien punta porque hieren cuando hablan. Ustedes y yo conocemos á muchos de quienes podria muy bien decirse:

Ese, tiene el cerebro prendido con alfileres.

JUAN TOMÁS SALVANY.

INGRATITUD.

Encontraste dos tiernos pajarillos
en una jaula de dorados hierros;
con mano cariñosa los cuidaste
dulcificando un triste cautiverio.
Si te acercabas tú, te conocian,
agitaban sus alas placenteros
y bendecian tu feliz llegada
con sus cantos más bellos.

Un día libertad pudiste darles,
la jaula abriste... En atrevido vuelo
se alejaron las aves presurosas
sin conservar de ti ningún recuerdo.
Al ver la ingratitud con que pagaban
el cariño que tú cifraste en ellos,
esos pájaros libres, más que pájaros
¡hombres me parecieron!

JULIA DE ASENSI.

CANTARES.

Dices que no te quiero
porque me callo;
quizás porque en mis ojos
no te has fijado;
¿qué es la palabra
si se miran dos seres
que se idolatran?

Como la fresca lluvia
despeja el cielo
liquidando en raudales
su negro velo,
así las lágrimas
disipan los nublados
de nuestras almas.

Con nuestros corazones
un cambio hicimos,
y el tuyo te has llevado
sin darme el mio;
vuélveme uno,
que no es justo dos tengas
y yo ninguno.

Flores que veis cual pasa
claro arroyuelo
prodigándoos lisonjas
y castos besos,
tened presente
que las aguas que pasan
esas... no vuelven.

RAMÓN CONTRERAS Y ESTRÍZ.

VARIEDADES.

Han visitado nuestra redaccion los apreciables colegas *Las Noticias de España*, *La Revista Odontológica*, *El Tabaco* y la *Gaceta Universal* de Barcelona.

ULTIMAS PALABRAS DE ALGUNOS HOMBRES CÉLEBRES.

Se acabó la comedia.—*Augusto*.

¿Es esta vuestra fidelidad?—*Neron*.

Entre tus manos, Señor, pongo mi alma.—*Tasso*.

Todo mi reino doy por un minuto más.—*Isabel de Inglaterra*.

Basta.—*Locke*.

No hay sangre en mis manos.—*Federico V*.

¿No es más que esto la muerte?—*Jorge IV*.

Dejadme oír todavía otra vez esos sonidos que por tanto tiempo han sido mi consuelo y mi alegría.—*Mozart*.

Estoy salvado.—*Cromwell*.

—¿Qué le sucede á usted, amiga mia? ¿Por qué se aflige de ese modo?

—¡Ay! señora qué desgracia! El médico ha asegurado que mi marido morirá dentro de dos meses.

—Pero no llore usted, resignese. ¿No ve que con eso nada adelanta?

—Tiene usted razon; pero todavía dos meses.

—Ahí va Concepcion, Lozano.

—¡Buen partido es la mujer!

Canta, hace versos, declama

y... tiene á ménos coser.

El propietario de un periódico se encuentra á uno de los redactores:

—Necesito, le dice, un artículo para el número de mañana.

—Hombre, no puede ser, porque salgo hoy mismo de Madrid.

—Pues escríbalo usted esta tarde.

—Tengo que hacer mil compras.

—¡Pues ahora mismo!

—Bien está.

Y entonces el redactor, arrancando una hoja de la cartera, escribió estas dos letras: *El*, y firmó debajo.

—Préstame cinco duros, que yo prometo volvértelos.

—Chico, dispensa que no te crea, pero... ya ha pasado el tiempo de los milagros.

—¿Dónde vas todas las tardes con tu mujer? preguntaba un lugareño á su primo.

—La llevo un rato al Prado.

—¡Cáscaras! lo mismo hago yo en el pueblo con mi borrica.

—¡Caballero, está usted hablando con mi mujer! exclamaba un marido celoso.

—Calle usted, hombre, *eso es música*.

A un gallego le decía
don Antonio Torremocha:

—¿Nació usted en el Mediodía?
Y él dijo:

—¡Qué tontería!
No señor, nací de noche.

La escena pasa en un pueblo *de cuyo nombre no quiero acordarme*, siendo protagonista, nada ménos que el albeitar y la primera autoridad del municipio.

—Nada, el alguacil asegura que su perro de usted ha mordido á la muchacha del tío Alcayata, y no puedo prescindir de imponerle una multa, decía el alcalde golpeando el suelo con un estupendo garrote, *símbolo* de su jurisdicción.

—A quien ¿al perro?

—No señor, á usted.

—Pero, señor alcalde, ¿qué culpa tengo yo de las *fechorías* de mi perro?

—Si usted cuidara de ponerle un bozal, de seguro que no hubiese mordido el animalito.

—¡Si le hubiera puesto un bozal...! Toma, toma! y si usted se lo hubiera puesto al alguacil, de seguro que no vendría *dilatando á nadie*.

EN UNA REUNION.

—¿Por qué no bailas con Pepita?

—Me ha dicho que está *comprometida*.

—¡Lo mismo me ha contestado á mí!

—Sí, esa chica es un puro *compromiso*.

Piensen muchos que Conrado
concluyó con Isabel,
pero á mí me ha dicho él
que ni siquiera *ha empezado*.

—¿Cómo se llama el nuevo portero? preguntaba un oficial del ministerio de Hacienda á cierto escribiente que nada tenía de Salomon.

—De este modo, contestó el interpelado, haciendo sonar el timbre.

—¡Mozol! ¿Qué tenemos hoy de extraordinario? gritaba un paleta hace tres noches en el café del Pasaje.

—Pues hoy tiene usted... *pies de puerco*, contestó zumbonamente el camarero.

—¿Y los das muy caros? insistió impasible

—A cinco reales ración.

—Vaya, hombre, ¡en qué poco te estimas!

FUGA DE CONSONANTES.

.o. .a.e.a.a.e.a.i.a
.u.a.u.i.e.a.u.i.
.ue.i.e.u.é.i.o.e.je.o
.o.ue.o.e.o.a.e.a.i.

CHARADAS.

I.

Artículo es la *primera*,
la *dos* nota musical,
el *todo* el precioso nombre
de una niña angelical.

II.

Consonante es mi *primera*,
consonante es mi *segunda*,
es el *todo* nombre propio
que en España mucho abunda.

FRANCISCO RIVAS Y MORENO.

SOLUCION A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR.

PÁJARO.

ADVERTENCIA.

La extraordinaria acumulacion de originales que existe en esta Redaccion, nos ha obligado á suprimir por unos cuantos números la página destinada á caricaturas.

Tambien sentimos no poder complacer á los nuevos suscritores á LA MESA REVUELTA que desean tener el periódico desde su fundacion, por haberse agotado los números correspondientes al mes de Abril.

PÍLDORAS DE HOLLOWAY.

Millones de personas, en todas las partes del mundo, recomiendan dichas Píldoras como el mejor restaurativo de la salud que se conoce. Ellas curan todas las afecciones del corazón, del hígado, del estómago, de los riñones y de los intestinos, y remueven la acrimonia, la flatulencia y la cardialgia, expulsando de la sangre toda impureza, fortaleciendo completamente el sistema nervioso y dando un tono saludable á la organizacion en general.

UNGUENTO HOLLOWAY.

El unguento cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuenten veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demás afecciones de la piel. Cada caja de píldoras y bote de unguento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

Las preparaciones Holloway se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en LONDRES, 533, Oxford, Street, en el establecimiento central del profesor Holloway.

POR QUIROS, IMPRESOR.—ADADES, 10.